

Comienzo del movimiento

(Ome Acatl)

I

No quise despertarte esta mañana, Dolores; pero pese a mi sigilo, comenzaste a moverte como si la luz del baño te lastimara. Me quedé mirándote. Por un segundo el tiempo dejó de ser esa recta coronada de "tics" y "tacs", para volverse flujo circular, contacto cósmico con la integridad del ser. Entonces, pude vislumbrar un algo del pasado desnudándose frente a mis ojos. No fue el recuerdo de mi conocido dolor de estómago, sino más bien, el de tu historia.

Naciste el mismo día que yo, pero once años después. ¿Casualidad? No lo creo, mi amor, si hasta tenemos las tres líneas de las palmas igual de separadas. La misma marca del tiempo nos junta para apagar las velitas y cortar la torta cada año, y si bien, aquí no te cantan "las mañanitas", están nuestros tres hijos para un "feliz cumpleaños". Sí, Dolores, hace dos años reías a más no poder, dichosa por el departamento nuevo, mientras te embadurnabas los labios de crema y soplabas otra vez. Luego vino lo del dolor en el pecho y fui yo quien dejó de reír.

Los dos vinimos al mundo en este Continente americano, para algunos de la "Esperanza" y para otros de la "Injusticia". Vos en el norte y yo en el sur. México y Argentina. ¡Qué lejos en edades y kilómetros, mi amor!

Naciste en el Distrito Federal, por cuestiones laborales de tu padre, pero cuando tenías cinco años, se mudaron a Puebla de los Ángeles donde siempre

estuvo tu corazón e identidad. Allí te hiciste "poblana", en el rumbo del amanecer.

Tu ciudad está encastrada como una joya en el valle que circundan los cuatro grandes volcanes que dominan su horizonte. Dicen que le dieron ese nombre, porque el obispo Garcés tuvo un sueño en el que vio como millares de ángeles descendían a la ciudad por cordeles de oro. Fue fundada en 1530 por los españoles, en un sitio estratégico, para poder vigilar a las vecinas ciudades indígenas de Tlaxcala y Cholula y mantener despejada la ruta hacia el puerto de Veracruz.

"Puebla de los Ángeles", siempre soportando la competencia del voraz Distrito Federal que, por su proximidad y tamaño, todo lo devora. Nosotros te llamaríamos —casi despectivamente—, "provinciana" o del interior del país, como es el caso de la familia de la que "dicen" fue mi madre. Y es que también en Argentina, todo gira en torno a la ciudad de Buenos Aires. Como decía mi abuelo materno: "¡Qué barbaridad! El país, para algunos, parece terminar en la avenida General Paz y el resto no existe".

Hablás de una manera, Dolores, que la mayoría de los "porteños" no saben bien de dónde sos. Aunque en esto de la lengua, después de haber vivido juntos diez años, los modismos se nos han ido mezclando. Pero todavía, no pudiste quitarme el "voseo" con esa acentuación muy nuestra de las palabras; ni yo, ese "tú" tan atractivo que llevás prendido en la boca.

El día que naciste, todos parecían alegres de tanto que te besaban, con excepción de Plutarco —tu padre—, que refunfuñando tenía que admitir su cuarta hija consecutiva. No entendías su lengua, distinta a tu "glú glú", pero cuando tu

abuela comenzó a discutir de quién llevabas el parecido, cerraste los ojos y te zambulliste en el pecho de tu madre para comenzar a beber como un *chuparrosas* descendido de los cielos. (Cuando imagino esta escena, Dolores, la difusa idea de la maternidad me revuelve las entrañas, para terminar formando un nudo que se atormenta en mi garganta como si acabara de comerme una pena).

Ese día, nadie fue a buscar a un *tonalpouqui*, el adivino *azteca* que leería tu destino y les diría a tus padres si aquella fecha había sido o no, favorable para nacer o comenzar a ser nombrada; sino que al bautizarte el cura —pese a la ausencia de Plutarco—, te nombró como aún te llamás, sellando tu frente con el óleo sagrado. No hubo, por consiguiente, los “cuatro ritos del agua” que realizaban los *aztecas* en aquella ceremonia parecida a nuestro bautismo, ni se escuchó el llamado a la curandera nocturna, para que te diera un buen trato al comenzar la vida.

¿Qué fuimos antes, Dolores, cuando aún no éramos? ¿Acaso era yo un colibrí, hermano del sol por el sacrificio, brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda, bajando a engendrar en una flor mi humanidad? ¿Eras vos, por ventura, una de aquellas *cihuateteo* —mujer muerta al dar a luz—, esperando darte a conocer en un cruce de caminos con tu rostro pintado de cal? ¿Es que hemos tenido antes otra vida? ¿Tuve una madre que no me dejó? ¿Tuviste unos padres que realmente se quisieron? ¿Fui acaso en el pasado un juglar desterrado de Europa, que partió hacia "Las Indias" cargando el peso del canto y la poesía? ¿Fuiste vos una doncella, raptada por algún moro que huía de Granada, y que al cruzar el Mediterráneo caíste en manos de un barco de piratas con rumbo a "La

Española"?

¿Qué éramos, Dolores? ¿Cenizas, polvo, huesos que alguien rescataría en el inframundo de los *aztecas*? No, no lo creo, mi amor. Aunque me cueste aceptarlo, supongo que éramos un mar encadenado de aire por surgir, un soplo por venir, un canto por brotar, una vida por llegar a ser vivida.

Tus padres, al principio, se quisieron con locura. Lo de ellos, fue un "amor a primera vista", casi como el nuestro. Tanto, que doña Concepción no dudó en escapar con él a la ciudad de México. Pero una vez agotada la pasión, tuvieron que sortear grandes dificultades para mantenerse unidos. Es que entre ambos había muchas diferencias: de edad, origen y maneras de pensar. Eran como el día y la noche, o el sol y la luna. Lo peor, eran las fuertes discrepancias que tenían con respecto a la religión, aunque doña Concepción suele recalcar que "no necesitan de médico los sanos", y en eso no le falta razón.

Plutarco —que en paz descansa—, llamado así en honor del presidente Calles, le llevaba casi quince años a tu madre. Había nacido en el Distrito Federal, en el seno de una familia de clase media y cepa anticlerical. Mestizo de pies a cabeza. Militante activo, primero del "Partido de la Revolución Mexicana" y, más tarde, del "Revolucionario Institucional". Supo tener un cargo importante en el gobierno de Ruiz Cortines, como director del CONASUPO —el Ente gubernamental que controlaba, entre otras cosas, la importación de granos—. Fue por esa razón que conoció a la familia de tu madre, ya que les vendía semilla de girasol para la planta de aceite que está a medio camino entre Puebla y la ciudad de México. Cuando la conoció, se quedó prendado de ella; unos dicen que por

amor y otros que, inconscientemente, por odio a lo que representaba, como que la conquistó para hacerle mella al mundillo de la aristocracia "poblana". La huida de la "niña", causó conmoción en Puebla, como si los mismos ángeles estuvieran por marcharse de regreso al cielo. Por unos meses, los hermanos le negaron el saludo, hasta que el mismo tiempo y las conveniencias de andar bien con Plutarco, serenaron los ánimos.

La nueva familia se instaló en una vieja casa del barrio "Colonia Roma", en el Distrito Federal, donde vivieron casi diez años. Durante el gobierno de López Mateos, tu padre alcanzó la presidencia del CONASUPO, hasta que luego de la "Matanza de Tlaltelolco", allá por el año 68, decidió alejarse del cargo en total desacuerdo con los acontecimientos que les costaron la vida a tantos estudiantes. Se mudaron a Puebla y allí comenzó a trabajar con tu tío Pedro, quien vio con buenos ojos sacarle migas a las relaciones políticas de Plutarco.

Doña Concepción, en cambio, es de fortuna y abolengo "poblanos". Su familia, de raíces profundamente católicas y conservadoras; con un algo de mestiza y casi todo de española. Anduvieron cerca de Iturbide primero, y del "Porfirismo" después, al estar ustedes emparentados con los Palafox. Tuvieron muertos "cristeros" y, si bien ya no se confiesan enemigos de la "Revolución", simpatizan más con las ideas que en el norte sostiene el "Partido de Acción Nacional", conocido como el PAN.

Su huida al Distrito Federal, para casarse en secreto con Plutarco, primero fue considerado como un delito de alta traición a la familia y, más tarde, aceptado como fruto lógico de la pasión juvenil. Eso sí, por más que Plutarco al principio se negó, Concepción impuso la ceremonia religiosa, ante un cura y dos testigos,

aunque el consentimiento de tu padre fue expresamente ligado a los mandatos de la Constitución y no de Dios.

Tu padre aceptó llamarte Dolores, en honor al pueblo donde el cura Hidalgo inició el movimiento de la Independencia. Concepción, lo interpretó como una señal de que sus prédicas estaban dando frutos. Por vez primera, el nombre de una de sus hijas haría referencia a una de las tantas advocaciones de la Virgen, aunque hubiese preferido llamarte "Remedios", como era tradición en la familia. Pero al menos era un avance. Es que tus tres hermanas mayores habían sido registradas como: Benita, en honor de Juárez; Francisca, por Madero; y Emiliana, por Zapata.

Lo cierto es que, para la fecha de tu nacimiento, Plutarco seguía diciendo: "La mera verdad es que la verdad no existe, depende del punto de vista de cada quien. Pero que el suyo, Concepción, se lo han chingado los sacerdotes, no me caben dudas".

Si bien estudiaste en un colegio laico, tu madre se cuidó bien de inculcarles ella misma la educación religiosa. Así se habían establecido desde el comienzo las reglas entre Plutarco y Concepción. "A las hijas me las deja educar como Dios manda, y de los hijos se ocupa usted. Eso sí, tendrán todos bautizo y primera comunión". Y como nunca llegaron varones, ella se salió con la suya.

www.jesusmariasilveyra.com.ar
© Copyright 2011 Jesús María Silveyra
Todos los derechos reservados

info@jesusmariasilveyra.com.ar